ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

LA DEL SEGUNDO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VICENTE LUQUE GUTIERREZ





MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1898

LA DEL SEGUNDO

LA DEL SEGUNDO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VICENTE LUQUE GUTIERREZ

Estrenado con extraordinario éxito,
en el TEATRO CERVANTES de Málaga, la noche
del 20 de Marzo de 1898.



MÁLAGA.
Tipografía de Antonio Urbano
1898

AL NOTABLE ACTOR

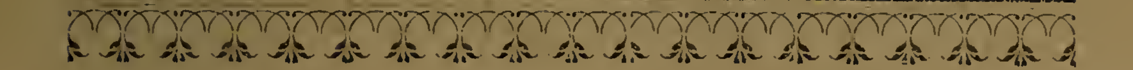
DON ELADIO SEGOVIA

Para V. escribí esta obrilla y por V. la aplaudieron; á V. se la dedica su afmo. amigo

Vicente

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOLORES	Srta. Moreno.
PEPA	» García.
ROSARIO.	» Moyano.
PELAEZ.	Sr. Segovia (E.)
JACINTO.	» Dominguez



ACTO ÚNICO

La escena aparece dividida representando dos habitaciones de distintos pisos. En la habitación de la derecha (del actor) una mesa velador, y butacas, sillones y cortinajes del mismo color. La de la izquierda que es la que pertenece á Jacinto, debe adornarse de distinta manera. Sillones también y una butaca. Dos puertas practicables á la derecha y dos á la izquierda. Al foro de cada una de las habitaciones, puertas también.

ESCENA PRIMERA

JACINTO y PELAEZ

JACINTO. Entérate bien de lo que te digo; toma esta carta, (se la dá.) llegas á la puerta del cuarto, llama, saldrá á abrir la criada y le das la carta.

PELAEZ. Y si no está la criada ¿cómo sale?

JACINTO. Hombre, si no está, es seguro que no podrá salir ella, pero saldrá su ama.

PELAEZ. ¿Y se la entrego?

JACINTO. Naturalmente; el objeto es que esa señora se entere de lo que le digo en la carta.

PELAEZ. Me aguardaré hasta que me conteste?

JACINTO. No; la contestación vendrá más tarde; tú cumple con lo que digo y nada más.

PELAEZ. Está bien.

JACINTO. Y no olvides que estoy esperándote. (Vase Jacinto 1.ª izquierda.)

PELAEZ ¡A la orden, mí capitán! (Saludando militarmente.)

ESCENA II

PELAEZ

¡Toma esta carta, (Queriendo imitar á Jacinto.) llegas á la puerta del cuarto; llama; saldrá á abrir la criada... no sé yo que viviendo tan cerca la señora se necesite un cartero; con que se tomara la molestia de hacerle una visita, en paz. ¿Qué le hemos de hacer? Llamaré á la puerta, entraré y le daré la carta; eso es. Si á mi capitán le gusta la señora, á mí me hace retemuchísimo salero la muchacha. (Pausa.) Ya se lo he dicho yo á ella; el otro día la cojí en la escalera, es decir me la tropecé en el sexto escalón; pero al mismo tiempo subía mi capitán; si es el primer escalón siquiera donde la cojo... ¡santo Dios! ¡Y que no tengo yo muchas ganas de jaleo! Si mi capitán me diera licencia por un día... ¡un día sin pisar esta casa ni el cuartel! Pero ¡cá! no caerá esa breva! Le llevaré la carta á esa señora. (Hace mutis por el foro.)

ESCENA III

(PEPA, por la primera derecha.)

Voy á cerrar esta puerta. (Cerrando. Suena la campanilla.) ¿Llamaron? (Vuelve á sonar la campanilla.)

¡Ya voy! (Suena más fuerte.) ¡Que ya voy he dicho! ¡Vaya si trae prisa el que llama! (Hace mutis por el foro.)

ESCENA IV.

JACINTO

¡Pelaez! ¡Pelaez! Llamando.) Se ha marchado. Será capaz de cometer alguna indiscreción; he olvidado advertirle que no diga una palabra de Rosario, esa chica que de contínuo me asedia con sus pretensiones y sus caprichos. Se lo advertiré cuando vuelva. Vase primera izquierda.)

ESCENA V.

PEPA y PELAEZ

PELAEZ. Pos no se necesita repicar muy fuerte pa que le abran á uno la puertecita de esta casa!

PEPA. Hijo, si aprietas más que un dolor de muelas!

PELAEZ. Yo soy así; al que se ha de matar... ¡pum! de un tiro. ¿Sabes tu como me dicen en el Regimiento?

PEPA. ¿Cómo?

PELAEZ. Sangreviva.

PEPA. Oye, ¿y por qué te dicen eso?

PELAEZ. Porque me jierve la sangre en las venas como si tuviera un jornillón encendío.

PEPA. ¿Eres andaluz?

RELAEZ. Eso dicen.

PEPA. ¡Ya te lo había conocido!

PELAEZ. ¿En qué?

PEPA. En la elocuencia del habla.

PELAEZ. ¡Marca! (Dándole la mano.) Ya me han dicho dos eso mismo.

PEPA. ¿Quién es la otra?

PELAEZ. Es macho; el teniente Gonzalez de mi compañía; un día que tuve que despacharle un asuntillo, me dijo, dice: tienes más elocuencia que D. Emilio!

PEPA. ¿Quién es D. Emilio?

PELAEZ. No lo sé; se me olvió preguntárselo al teniente; pero debe ser un pájaro de cuenta.

PEPA. Y tu ¿qué buscas por aquí?

PELAEZ. ¿Estamos solos? (Mirando á todos lados.)

PEPA. No, que está allá dentro la señora.

PELAEZ. ¿Qué hace?

PEPA. Se ha echado un ratillo.

PELAEZ. ¿Que se ha echao? ¿En donde?

PEPA. Que está descansando.

PELAEZ. ¡Ah! vamos; ¿Trabajará mucho?

PEPA. Regular.

PELAEZ. Y tu ¿no te echas?

PEPA. Yo no lo necesito.

PELAEZ. Ven acá. (Bajando la voz.)

PEPA. ¿Para qué? (Retirándose.)

PELAEZ. No se puede decir alto.

PEPA. Bueno, pues dilo bajo que no soy sorda.

PELAEZ. Ven acá, guasona! ¿Soy yo algún esaborío?

PEPA. No, pero me gusta que seas formal.

PELAEZ. Güeno, pos pa formá... la tropa. ¿A tí te gustan los melitares?

PEPA. A mi no.

PELAEZ. ¡Ay, qué guasona!

PEPA. Vamos, acaba de una vez.

PELAEZ. Traigo esta carta de mi amo, con orden de

entregarla á tu señora; aquí lo dice: D.ª Dolores Martinez. (Leyendo el sobre.) ¿No se llama así tu señora?

PEPA. Asi se llama.

PELAEZ. Y tu ¿puedes ponerme al habla con tu señora?

PEPA. Ya te he dicho que está descansando.

PELAEZ. Y eso ¿qué importa?

PEPA. Que cuando está descansando no quiere que se le moleste.

PELAEZ. ¿Y cuando el asunto sea urgente?

PEPA. Pero ¿eso es urgente?

PELAEZ. ¡Urgentísimo! Figúrate que mi capitán se está muriendo.

PEPA. ¿Muriéndose has dicho? (Con interés, acercándose y tomando la carta.)

PELAEZ. Si, muriéndose á chorro por tu señorita.

PEPA. ¡Toma! Yo creí que se moría de verdad.

PELAEZ. El que se muere de verdad, por tí, soy yo, ¡sangrecita! (Se acerca á Pepa y le coje una mano.) Por esos ojos, que parecen dos luces de bengalas, según lo que alumbran; por esa boca más dulce, que toas las mieles, de toas las abejas, de tos los campos.

PEPA. ¡Quita, embustero! (Retira la mano.)

PELAEZ. ¿Embustero has dicho?

PEPA. Júralo.

PELAEZ. ¿Por qué quieres que lo jure?

PEPA. Por una cosa que sea verdad.

PELAEZ. Por la cruz aquella que está en lo alto de la torre, del campanario, de la iglesia de mi pueblo.

PEPA. ¡Vamos, hombre! no vayas tan lejos.

PELAEZ. ¿Qué? ¿Piensas que no es verdad? ¿quieres venir conmigo y la verás así con los brazos

abiertos? (Pelaez abre los brazos en forma de cruz.)

PEPA. Bueno; ¿sabes tú lo que dice esta carta?

PELAEZ. No me la ha leio el capitán.

PEPA. Desde luego será buscando...

PELAEZ. ¡Es natural, buscando...!

PEPA. Tu capitán no entiende á mi señorita.

PELAEZ. ¿Que no la entiende? ¡Será extranjera!

PEPA. No, pero es muy rara; ha tenido ya dos maridos y los dos se han muerto.

PELAEZ. ¿Oye?... ¿Y no le hân dao una cruz á tu señorita!

PEPA. A mi señorita ¿por qué?

PELAEZ. Por méritos de guerra.

PEPA. Ahora se declara enemiga de los hombres; por eso pienso que tu capitán llega en mal hora.

PELAEZ. No importa; mi capitán es duro pa la pelea y no le asusta la resistencia del enemigo.

PEPA. Y ¿tú vas aprendiendo de tu capitán?

PELAEZ. Ya se vé; por eso quiero casarme contigo.

PEPA. ¿Cómo?

PELAEZ. ¡Como va á ser! Casándome.

PEPA. ¿Tú sabrás que yo soy doncella?

PELAEZ. Desde luego; ya sé que eres doncella... de tu señorita.

PEPA. Quiero decir soltera.

PELAEZ. Justamente.

PEPA. Bueno; y tú ¿con qué cuentas?

PELAEZ. Con los deos pa no equivocarme.

PEPA. ¡Calla! (Escuchando.)

PELAEZ. Si no he empezao á contar todavía.

PEPA. Es que viene mi señorita!

PELAEZ. Pos entonces me largo. (Vase foro.)

PEPA. Adios.

DOLORES. (Dentro.) ¡Pepa!

PEPA. ¡Allá voy, señorita! (Vase primera derecha.)

ESCENA VI

PELAEZ por el foro izquierda.

¡Vaya si me gusta la chiquilla! En cuanto mi capitán dé en el blanco... ¡zás! me cuelo yo detrás; la muchacha no resiste un combate. Tengo un plan extratégico pa esta clase de guerrilla que toas las fortalezas se rinden. ¡La sangre! ¡Esto no es más que la sangre! ¡Si soy más vivo! Voy á ver al capitán que me estará esperando. (Sale Jacinto.)

ESCENA VII

PELAEZ y JACINTO

JACINTO. ¡Pelaez!
PELAEZ. ¡A la orden, mi capitán! (Saludando.)
JACINTO. ¿Has entregado mi carta?
PELAEZ. Como osté me dijo, mi capitán.
JACINTO. ¿En la puerta?
PELAEZ. No señor, dentro; me dijo que pasára.
JACINTO. ¿Has hablado con la criada?
PELAEZ. Sí señor; hace ya mucho tiempo que nos conocemos.
JACINTO. Y ¿qué te ha dicho de su señorita?
PELAEZ. ¡La mar?
JACINTO. Cuéntame.
PELAEZ. Que es muy rara.
JACINTO. Así me gustan.
PELAEZ. Que se ha declarao enemiga de tos los hombres.

JACINTO. Así las quiero.

PELAEZ. Y que ha hecho ya dos campañas con éxito.

JACINTO. ¿Eh? (Con sorpresa.)

PELAEZ. ¡Que se ha casao dos veces!

JACINTO. ¿Dos veces?

PELAEZ. (¿Si le parecerán pocas?)

JACINTO. De eso no me ha dicho nada mi amigo Valentín!

PELAEZ. Se le habrá olvidao.

JACINTO. No se; de todos modos esperemos el resultado de la carta; eso es lo mejor. Vamos á ver, ¿que te parece esta prenda? (Enseñándole el pantalón que tiene puesto.

PELAEZ. A mi me parece un pantalón.

JACINTO. ¡Ya lo creo que no es un chaleco! Digo ¿que si te gusta?

PELAEZ. Sí señor; á mi capitán le sienta muy bien to lo que se pone.

JACINTO. Gracias, Pelaez.

PELAEZ. (¿Qué le voy á decir?)

JACINTO. Anda y cepíllame la levita.

PELAEZ. Al momento mi capitán. (Vase primera izquierda.)

ESCENA VIII.

JACINTO y después PELAEZ

A fé que me ha hecho pensar lo que acaba de decirme Pelaez, de los dos maridos. ¿Cómo que no me ha hablado de ellos mi amigo Valentín? El me ha dicho que la conoce, que la vió en el baile, que es guapa, que se llama Dolores; todos los informes coinciden. ¡Bah! Este Pelaez debe haber entendido mal. Yo no cedo en el plan que me he trazado.

Puede suceder que esa señora no haya tenido ocasión de fijarse en mí para conocerme; pero no importa; las mugeres de esa índole no necesitan conocer á un hombre para amarlo, basta con que se las solicite. ¿Pelaez? (Llamando.)

PELAEZ. Mi capitán.

JACINTO. Tráeme el periódico. (Se sienta, Pelaez trae el periódico y hace mutis otra vez.)

ESCENA IX.

DOLORES, PEPA, JACINTO y PELAEZ

DOLORES. Pero ¿quien es este hombre al cual no conozco?

PEPA. El militar, señorita; vive en el cuarto de enfrente.

DOLORES. Vamos, sí; ahora me parece que lo he visto salir una vez. ¡Grosero! Y tu ¿para que has tomado la carta?

PEPA. Señorita.... V. nada me ha dicho en contrario; si V. me ordena que en lo sucesivo no reciba ninguna otra, así lo haré.

DOLORES. ¡Qué atrevidos son los hombres y que poco respetuosos con las señoras!

PEPA. ¡Si yo lo hubiera sabido...!

DOLORES. Es necesario contestar esta carta enseguida; sí, estas cosas no deben dejarse para luego.

PEPA. ¿Quiere V. algo?

DOLORES. Tinta y papel. (Vase Pepa primera derecha.) Recapacitaré, pensaré muy despacio lo que he de contestarle. (Suena la campanilla.)

JACINTO. ¡Pelaez! ¡Pelaez!

PELAEZ. Mi capitán.

JACINTO. Abre, que han llamado.

PELAEZ. Voy corriendo. (Vase foro.)

JACINTO. ¿Quién será? (Dirigiéndose al foro.)

ROSARIO. (Dentro) Dios te guarde zángano.

JACINTO. ¡Rosario! Buena filípica me espera. Me prepararé para recibirla. (Vase primera izquierda.)

PEPA. Aquí tiene V. tinta y papel (Dejándolo sobre la mesa.)

DOLORES. Esta maldita carta me ha excitado los nervios.

PEPA. (¿Qué le dirá ese tuno en la carta?) (Vase segunda derecha.—Dolores escribe.

ESCENA X.

DOLORES, ROSARIO y PELAEZ

ROSARIO. ¿En donde está tu amo?

PELAEZ. Allá dentro.

ROSARIO. ¿Durmiendo tal vez?

PELAEZ. Vistiéndose pa salir.

ROSARIO. ¿Quieres decirme donde se mete tu capitán que hace tres días que no le echo la vista encima?

PELAFZ. Está muy ocupao.

ROSARIO. ¿En qué? Yo no se que le ocurra uada extraordinario!

PELAEZ. Ni yo tampoco.

ROSARIO. ¿Cuando tiempo llevas al servicio de tu capitán?

PELAEZ. Trece meses.

ROSARIO. Mal número.

PELAEZ. Pos á mi me parece muy güeno.

ROSARIO. Y en esos trece meses ¿cuantas mugeres has conocido víctimas de las persecuciones de tu capitán?

PELAEZ. Muchas; no se pueden contar.

ROSARIO. Dí un número aproximado, muger más ó menos.

PELAEZ. Quinientas.

ROSARIO. ¡Qué atrocidad!

PELAEZ. Y me he quedao corto.

ROSARIO. Pues si te alargas un poco más no dejas una muger sana para un remedio.

PELAEZ. Es mucho hombre mi capitán!

ROSARIO. Anda y avísale que estoy aquí.

PELAEZ. Con permiso de la señorita. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XI.

ROSARIO, DOLORES y PEPA

ROSARIO. Seguramente que no me esperaba, mejor; de este modo podré sorprenderlo. Si él ha pensado burlarse de mí, trabajo le doy para rato; á su inconsecuencia opondré mis constantes asedios; á sus veleidades... ya veremos lo que opongo á sus veleidades. (Suena la campanilla)

DOLORES. ¡Pepa! Pepa! (Llamando.)

PEPA. ¿Señorita?

DOLORES. ¡Que han llamado!

PEPA. Voy corriendo. (Mutis foro.)

ROSARIO. Me parece mucho tiempo para hacer antesala.

DOLORES. ¿Quién era? (Al ver á Pepa que sale.)

PEPA. Carta para D.ª Dolores.

DOLORES. ¿Para mí?

PEPA. No señora; para esa D.ª Dolores del segundo.

DOLORES. ¡Ah, vamos! (Sigue escribiendo.)

PEPA. ¡Qué lástima que se llame como V. una muger de tan malos antecedentes. (Hace mutis segunda derecha.)

ESCENA XII.

ROSARIO, JACINTO, DOLORES, PEPA y PELAEZ.

JACINTO. ¡Rosario! (Con alegría aparente.)

ROSARIO. ¡Dichosos los ojos que te miran!

JACINTO. Siéntate, anda. Me habrás echado de menos, ¿verdad?¿A que pensaste que no volveríamos á vernos?

ROSARIO. Hombre... ¿qué quieres que piense de tí, cuando me dejas tres días en el mayor olvido?

JACINTO. Dos nada más.

ROSARIO. Tres con hoy.

JACINTO. No; hoy no debe contarse puesto que nos estamos viendo.

ROSARIO. Porque yo he venido; porque me dejé en casa la dignidad, sin lo cual no hubiera podido venir.

JACINTO. No hables de esa manera.

ROSARIO. Es necesario.

JACINTO. En este momento estaba vistiéndome para marcharme.

ROSARIO. ¿A tus escondrijos?

JACINTO. A tu casa; pensaba ir á verte.

ROSARIO. No mientas.

JACINTO. ¡Rosario! (Con tono de reconvención.)

ROSARIO. ¿Donde estuviste anteayer?

JACINTO. De guardia.

ROSARIO ¿Y ayer?

JACINTO. De guardia también.

ROSARIO. ¿Dos días seguidos?

JACINTO. Si, dos días: porque Sánchez, que padece una afección al hígado, por lo cual está muy enfermo, ha tenido un nuevo ataque.

ROSARIO. ¡Eso no es cierto!

JACINTO. ¡Mira, quisiera estar en este momento hablando con un hombre.

ROSARIO. ¿Para qué?

JACINTO. ¡Para comérmelo!

ROSARIO. ¡Jesús, qué miedo!

JACINTO. Y sobre todo, voy á convencerte de la veracidad de mis palabras. (Se asoma al primero izquierda y llama.) ¡Pelaez!

PELAEZ. ¡Mi capitán! (Cuadrándose.)

JACINTO. ¿En donde estuve yo ayer?

PELAEZ. ¿Ayer?... (Sin saber que decir.) ¿Ayer?

JACINTO. Sí, ayer, ¿no lo entiendes?

ROSARIO. Ha perdido la memoria el pobre muchacho.

JACINTO. ¡Contesta enseguida! (Con coraje.)

ROSARIO. De guardia, hombre, ¿no lo recuerdas?

PELAEZ. Sí señor, de guardia.

ROSARIO. ¿Lo ves tú? (A Jacinto con ironía.)

JACINTO. Mira, Pelaez, cuando yo te pregunte otra vez, sin vacilaciones de ninguna especie, sin titubear un solo momento, has de contestarme, pero enseguida ¿entiendes?

PELAEZ. Así lo haré, mi capitán.

JACINTO. Márchate al momento. (Vase Pelaez.)

ROSARIO. Lo peor es que quieras hacer responsable á ese muchacho de una falta que es tuya, exclusivamente tuya.

JACINTO. ¿Vas á censurarme porque reconvenga al asistente?

ROSARIO. Lo digo, porque no has de convencerme; porque durante dos días he tenido una persona

que te siga de cerca á todas partes, que te vigile y que me lo cuente todo.

JACINTO. ¿Tú has hecho eso?

ROSARIO. Yo. ¿Por qué te extraña? ¿Tu no sabes que las mugeres somos capaces de todo?

JACINTO. ¿Y qué han podido contarte de mí?

ROSARIO. Que ayer no estuviste de guardia, sinó en la casa núm. 2 de una calle, de cuyo nombre no quiero acordarme; que después de permanecer dos horas en aquella casa, saliste para entrar en una segunda, en la que pasaste el resto del día; bien que entráras en la segunda casa, no te lo critico, ¡pero en la primera! lo que es en la primera no has debido entrar nunca!

JACINTO. Pero ¿quieres decirme en donde es la primera?

ROSARIO. Pregúntale á Pelaez, que me lo ha dicho también.

JACINTO. ¿Pelaez?

ROSARIO. Sí, Pelaez; hace un momento.

JACINTO. ¡Pelaez! ¡Pelaez! (Llamando.)

PELAEZ. Mi capitán.

JACINTO. ¿En donde es la primera?

PELAEZ. En la frente, pa que nos libre Dios de los malos pensamientos.

JACINTO. Voy á arrancarte una oreja. (Pelaez hace mutis.)

ROSARIO. Vamos hombre, ten más calma.

JACINTO. Yo no puedo tolerar estas cosas. (Paseando con coraje.)

DOLORES. ¿Pepa? (Llamando.)

PEPA. ¿Mande V. señorita?

DOLORES. ¿Sabes si ese señor oficial está ahora en su cuarto?

PEPA. Creo que sí.

DOLORES. Pues no te vayas. (Cierra la carta y pone el sobre.)

ROSARIO. Parece que te pesa que haya yo venido á buscarte. (Jaciento se detiene.)

JACINTO. No; pero me molesta tu obstinación en desmentirme.

ROSARIO. Dispénsame ¿qué quieres? Las mugeres somos así. Ya te dejo. (Hace como que se va?

JACINTO. ¿Vas á marcharte?

ROSARIO. Sí; ¿necesitas algo? (Deteniéndose.)

JACINTO. Nada; espérame en tu casa.

ROSARIO. Adios! (Rosario hace mutis por el foro.)

ESCENA XIII.

JACINTO, DOLORES, PEPA y PELAEZ

JACINTO. Ya tengo con esta lo que me hace falta. Y el caso es que no encuentro la manera de espantarla; porque aunque le confiese que es verdad lo ocurrido ayer, esta no me deja; podrá darme un escándalo, ó dos si hace al caso, ¿pero dejarme? ¡Cá! (Paseando como si estudiara algo.

DOLORES. Toma. (Dándole la carta.)

PEPA. ¿Me contestará?

DOLORES. No sé; en todo caso, dejas la carta y te vienes.

PEPA. Está bien. (Vase Pepa.)

DOLORES. Si ese oficial es un caballero, tan pronto como lea mi carta vendrá á buscarme. Si, yo no debo dejar mi reputación en tela de juicio; si ese hombre es un osado, le daré una lección; si solamente hubo error de su parte, procuraré persuadirlo. (Vase foro.)

JACINTO. Nada; no se me ocurre nada; no es extraño:

tengo la cabeza como una bomba. (Suena la campanilla.) Llamaron. ¿Si será Rosario otra vez? (Llamando.) ¡Pelaez!

PELAEZ. ¡A la orden, mi capitán!

JACINTO. Abre que han llamado; y si es la señorita Rosario, dí que ya he salido. (Vase Pelaez.) Esa será muy capaz de volver, si no voy enseguida. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XIV

PELAEZ y PEPA

PELAEZ. ¿Sabes tu lo que estaba yo pensando hace un momento?

PEPA. Cuando tu me lo digas, lo sabré.

PELAEZ. Que en toa la cercunferencia del globo, y al redó de esa misma cercunferencia, y aunque toitas las mugeres se gorvieran monas, no hay una moza de más garbo, de más salero, ni de más circunstancias que tu.

PEPA. ¡Vaya unas cosas que se te ocurren!

PELAEZ. ¿Sabes tu por qué no me mato yo por tu cariño?

PEPA. ¿Por qué?

PELAEZ. ¡Ay!... Porque ya estoy muerto!

PEPA. ¡Hijo, eres capaz de ablandar una piedra!

PELAEZ. (Cuando digo yo que ésta no resiste un combate!)

PEPA. Aquí traigo la contestación á la carta de tu amo; viene echando chispas.

PELAEZ. Entonces espérate un poco. (Se coje con la mano derecha un pico de la blusa.)

PEPA. ¿Que vas á hacer?

PELAEZ. La cojeré con este pico pa no quemarme. (Coje la carta.)

PEPA. ¿Qué diablos diría tu capitán en la carta, que mi señorita se ha puesto mala?

PELAEZ. Alguna barbaridad.

PEPA. ¿Está en casa tu amo?

PELAEZ. Así parece.

PEPA. ¿Supongo que le entregarás la carta?

PELAEZ. ¡Naturalmente! ¿quieres tu que me fusilen?

PEPA. Oye ¿vive solo tu capitán?

PELAEZ. No.

PEPA. ¿Con quién vive?

PELAEZ. Conmigo.

PEPA. Ya entiendo; quiero decir tu capitán y tu.

PELAEZ. Justamente; yo y mi capitán; y mi capitán y yo; después se aumentará la familia.

PEPA. ¿Cómo es eso?

PELAEZ. Porque vendrán su madre y su hermana que están ahora en el campo.

PEPA. ¡Ya! Oye ¿y es bueno tu capitán?

PELAEZ. Pan de flor.

PEPA. Entonces no te castigará nunca?

PELAEZ. Mia tú, desde la última vez que me castigó....

PEPA. ¿Qué?

PELAEZ. Que no ha güerto á castigarme.

PEPA. ¡Es natural!

PELAEZ. Y pa eso tuvo razón; figúrate que le espanté una pájara.

PEPA. ¡Ya! ¿Es aficionado á la cacería?

PELAEZ. De escopeta, con pólvora sorda.

PEPA. ¿Eh? (Sin comprender lo que dice.)

PELAEZ. Que las mata callando.

PEPA. ¿Y las cojerá á tientas?

PELAEZ. Como puede, pero las coje.

PEPA. La verdad es que dos hombres solos vivirán muy tristes.

PELAEZ. Pos mía tu, eso es según.

PEPA. ¿Qué distracciones tienen Vds. aquí?

PELAEZ. Cuando mi capitan viene alegre de la calle, me dice: «Pelaez, alcanza la guitarra y dámela» yo alcanzo la guitarra que está colgá allá dentro, se la doy, y él se entretiene tocando polos... medios polos... soleares... pero eso es cuando viene de güen humor.

PEPA. Y cuando viene de mal humor ¿qué toca?

PELAEZ. El cielo con las manos, ¿te parece poco?

PEPA. Vaya te dejo que mi señorita me espera.

PELAEZ. ¿Podré verte luego?

PEPA. ¿Para qué?

PELAEZ. Pa que hablemos despacio; tengo que contarte un cuento.

PEPA. A la tarde nos veremos.

PELAEZ. Güeno; hasta la tarde. (La acompaña al foro y vuelve.) Na, lo dicho, que me gusta la muchacha; si yo pudiera conseguir de mi capitán el empleo de sargento, me casaba con ella. ¡Vaya si me casaba! (Hace mutís primera izquierda.)

ESCENA XV

DOLORES Y PEPA, por el foro.

DOLORES. ¿Llevaste la carta?

PEPA. Sí señora.

DOLORES. ¿Y qué te han dicho?

PEPA. Nada, señorita; se la he dado al asistente con orden de entregarla á su capitán.

DOLORES. Yo supongo que ese señor oficial vendrá á verme enseguida, porque así se lo pido en la carta; es necesario que estés al cuidado para que me avises en cuanto llegue.

PEPA. Está bien, señorita. (Vase Dolores primera derecha.) Esperaré allá dentro. (Hace mutis por el foro.)

ESCENA XVI.

JACINTO

(Con la carta en la mano.) Pues señor, indudablemente ha habido error en los informes que me ha facilitado mi amigo Valentín; esta muger no es lo que nos pensamos; pero entonces ¿con cual otra ha podido confundirse? No sé; yo me vuelvo loco al querer explicármelo. Voy á leer otra vez la carta. «Señor D. Jacinto Manzano. Muy Sr. mío: su carta de V. que no vacilo en calificar de impertinente, me ha llenado de indignación; ignoro por quién me toma V. y los motivos que tenga para emplear en la suya, frases que tan lastimoso concepto explican de la muger á quién se le dirijen. Mi dignidad exige una explicación de su conducta, que no creo se niegue á dármela, máxime cuando viste el honroso uniforme de militar. Le espera en esta su casa, Dolores Martinez». ¿Qué hago yo? (Se guarda la carta.) ¿Cómo me justifico ante esta muger? Confesar mi error es un papel triste para un hombre de mis condiciones; aguantar como pacientísimo Job las reconvenciones que de merecida lección me sirvan, es más triste todavía. No sé qué hacer; Rosario estará esperándome; si yo pudiera... ¡Ah! qué idea! Si; me he salvado! Dolores no me conoce; manos á la obra (Se dirije á la puerta.) ¡Pelaez!

PELAEZ. ¡A la orden mi capitán!

JACINTO. Ven acá; infórmate bien de lo que voy á decirte, porque la cosa es grave.

PELAEZ. ¿Han tocao á marcha, mi capitán?

JACINTO. Mejor hubiera sido; figúrate que en mis pretensiones con esa señora del cuarto de enfrente ha habido error.

PELAEZ. No sé, porque mi capitán nunca se equivoca.

JACINTO. Tanto va el cántaro á la fuente...

PELAEZ. Es verdad.

JACINTO. Resulta, de lo que D.ª Dolores me escribe, una sensible equivocación. Esta señora me concede la cita que le pedía, con objeto de que le dé explicaciones de mi conducta; yo no he de tener calma para escucharla y aprovechando la circunstancia de que no me conoce bien, he pensado ponerte en mi lugar.

PELAEZ. ¿Y como va á ser eso?

JACINTO. Muy sencillamente; entra en el cuarto; ponte mi uniforme de capitán, y vuelve enseguida.

PELAEZ. Al momento. (Vase.)

ESCENA XVII.

JACINTO

Este muchacho me sacará del apuro; facil será que Dolores no tenga la prudencia necesaria y lo comprometa; sin embargo, todo lo prefiero á una humillación de parte de esa muger; le explicaré á Pelaez lo que ha de hacer; casi estoy seguro que ordenándoselo yo, saldrá bien de su empresa. Lo someteré á un ensayo. (Pelaez se presenta en traje de capitán.)

ESCENA XVIII.

JACINTO y PELAEZ

PELAEZ. Cumplida la orden, mi capitán.

JACINTO. Muy bien; si te vieran en tu casa, apuesto cualquiera cosa á que no te conocían.

PELAEZ. Con eso saldrá mejor el mandao.

JACINTO. Tengo que hacerte una observación.

PELAEZ. Ya escucho.

JACINTO. Cuando se habla con una señora, como quiera que una señora es siempre distinguida, bien educada, etcétera, etcétera...

PELAEZ. Mi capitán ¿hace osté el favor de explicarme lo que quiere decir etcetera etcetera?

JACINTO. Eso quiere decir muchas cosas más de las que ya se han dicho.

PELAEZ. Enterao.

JACINTO. Pues bien; uno, debe también hablar como persona bien educada y distinguida; tú eres vivo, pero para que tu papel no resulte desairado, es necesario que hables bien, que pronuncies bien, y que demuestres de una manera evidente, que eres un oficial distinguido, fino, caballeroso...

PELAEZ. Etcetera, etcetera.

JACINTO. Comprendido. Conque.... vamos á ver si ensayamos la manera de presentarte. Vete á la puerta. (Jacinto vuelve la espalda á Pelaez y este hace mutis por el foro.) Pide permiso para pasar; ¿no entiendes? ¡Pelaez! (Volviendo la cara.) Pero ¿á qué puerta se ha ido ese majadero? (Va al fondo) ¡Pelaez! (Llamando.) ¡Pelaez!

PELAEZ. Mi capitán!

JACINTO. ¿A dónde has ido?

PELAEZ. A la puerta.

JACINTO. Hombre... toda tu viveza la pierdes en un momento dado; te dije á esta puerta. (Por la del foro.)

PELAEZ. Yo entendí á la otra.

JACINTO. Con esa manera de entender, acabaremos por no entendernos. Desde ahí, desde esa puerta.

PELAEZ. Ya estoy. (Colocándose en el foro.)

JACINTO. Pide permiso para pasar.

PELAEZ. ¿Dá osté su permiso?

JACINTO. Adelante. (Pelaez ejecuta con el cuerpo movimientos de balanceo exagerado.) ¡Pero hombre! no te mezcas tanto para andar, que pareces una góndola!

PELAEZ. Mi capitán, es que tengo un dolorcillo en este jamón. (Señalando á la parte superior de la pierna derecha.)

JACINTO. Es necesario que te pongas más derecho; mucha marcialidad.

PELAEZ. Está bien. (Pónese derecho con exageradas maneras.

JACINTO. ¿Supongo habrá V. recibido mi carta?

PELAEZ. No señor. (Con cierto aire pretensioso.)

JACINTO. ¿Cómo que no?

PELAEZ. Mi capitan, si no la he recibío!

JACINTO. Vamos, ya veo que no te haces cargo de tu papel; es necesario que entiendas que desde este momento no eres Pelaez.

PELAEZ. ¿Que no? (Con sorpresa.)

JACINTO. No señor, tú eres ya capitán.

PELAEZ. (Pos señor, ¡vaya si he hecho pronto la carrera!)

JACINTO. Ea; toma el camino.

PELAEZ. Se me ocurre una cosa, mi capitán.

JACINTO. ¿Qué se te ocurre?

PELAEZ. Que no me he puesto los lentes de campaña.

JACINTO. No los necesitas; el enemigo estará tan cerca de tí, que podrás apercibirte de todos sus movimientos.

PELAEZ. Pos se me ocurre otra cosa todavía.

JACINTO. ¡Vamos! ¿te has propuesto acabar con mi paciencia?

PELAEZ. Es que la doméstica me conoce y cuando me vea le dirá á la señorita que yo soy Pelaez.

JACINTO. Para eso tú debes ponerla en autos.

PELAEZ. En au... Y ¿dónde está eso, mi capitán?

JACINTO. Hombre, quiero decir, que le cuentes lo que sucede, procurando llevarla al convencimiento para que te ayude.

PELAEZ. Conforme.

JACINTO. Ya sabes, mucho cuidado con lo que hablas, y cuando encuentres una palabra de relumbrón, la sueltas.

PELAEZ. Mi capitán, tengo una de mucho relumbrón.

JACINTO. ¿A ver?

PELAEZ. ¡Relámpago!

JACINTO. Vete, Pelaez, vete.

PELAEZ. (Pos de más relumbrón que esa...) (Hace mutis por el foro.)

ESCENA XIX.

JACINTO

Esto marcha; ahora esperemos el resultado de la entrevista. Ya me va dando miedo esa muger, apesar de toda su hermosura. ¡Tener dos maridos muertos! Cosa es de darle aprensión al más indiferente y despreocupado. Lo que es menester que ese Pelaez no se haga esperar mucho. (Vase primera izquierda.)

ESCENA XX

PEPA y PELAEZ

PEPA. Te digo que no puede ser; ni yo engaño á mi señorita, ni soy cómplice para que se le engañe.

PELAEZ. ¡Pero muger...!

PEPA. No hay pero que valga.

PELAEZ. Güeno; sobre tí caerá la responsabilidad. (Con acento de tristeza.)

PEPA. ¿De qué?

PELAEZ. De mi muerte; figúrate que si yo no hago lo que mi capitán ha dicho, me darán cuatro tiros.

PEPA. ¡Cuatro tiros!

PELAEZ. U ocho, si la puntería no es güena.

PEPA. No es motivo.

PELAEZ. ¿Que no? Se conoce que á tí no te han leío las leyes penales.

PEPA. A mi no.

PELAEZ. Pos mia tú, dicen así: al que haga esto, y esto, y esto... cuatro tiros; al que haga aquello, lo otro y lo de más allá... cuatro tiros!

PEPA. ¿Y al que no haga esto, ni aquello, ni lo de más allá?

PELAEZ. Cuatro tiros también.

PEPA. ¡Hijo, le metes á una el corazón en un puño!

PELAEZ. ¡Tú no sabes lo que es la milicia! conque.... ¿le avisas á tu señorita?

PEPA. Pero ¿qué es lo que pretendes?

PELAEZ. Ya te lo he dicho; decirle que soy el capitán D. Jacinto Manzano, el que le mandó la carta y que vengo á decirle, que me dispense, que como no sé escribir, me he equivocao en el sobre.

PEPA. ¿Nada más que eso?

PELAEZ. Por la cruz aquella que está en lo alto...

PEPA. ¡No lo jures! (Interrumpiéndole.)

PELAEZ. Ya mi palabra.

PEPA. Mira, Pelaez, que no me comprometas; que si hago esto, es porque no te fusilen, porque ya te conozco y te he tomado afecto.

PELAEZ. ¡Dios te lo pague! (Pepa se dirije á la puerta del cuarto.)

PEPA. ¡Cuidado como te portas! (Desde la puerta.)

PELAEZ. ¡Ah! mira; ven acá.

PEPA. ¿Qué quieres? (Volviendo á donde está Pelaez.)

PELAEZ. ¡Marca! (Dándole la mano.)

PEPA. ¿Para qué es eso?

PELAEZ. Pa despedirnos, por si luego no nos vemos.

PEPA. ¡Toma! (Dándole la mano á Pelaez que la acaricia entre las suyas.)

PELAEZ. ¡Ay, que güena...! y qué requetegüena...!

PEPA. ¡Vamos Pelaez! (Retirando la mano.)

PELAEZ. Adiós. prenda.

ESCENA XXI

PELAEZ

Pero ¡qué vivo soy! Lo que yo he conseguío de esta muchacha, no lo consigue nadie; ahora lo que falta es que yo no pueda convencer á su señora y se disguste conmigo el capitán. (Se acerca á la puerta y mira.) Allí parece que las estoy viendo; sí, hablan las dos! Hacia aquí se dirije la señora; me quitaré la gorra pa recibirla. (Retírase y deja la teresiana sobre la butaca)

ESCENA XXII

PELAEZ y DOLORES

DOLORES. ¡Caballero! (Haré un esfuerzo para contenerme.)

PELAEZ. Pa servir á osté.

DOLORES. ¿El señor Manzano?

PELAEZ. Con él está osté hablando.

DOLORES. ¿Supongo habrá V. recibido mi carta?

PELAEZ. Sí señora; ya se que me pide osté parlamento y vengo á concedérselo.

DOLORES. ¿Usted es capitán? (Con extrañeza.)

PELAEZ. ¡Ay, que graciosa! Me parece que este uniforme no es de cura.

DOLORES. (¡Qué manera de contestar!)

PELAEE. (¿Que estará rezando?)

DOLORES. Pues bien, señor capitán; por mi carta habrá V. notado la indignación que su atrevimiento me ha producido; la historia que hace V. en la suya, es absurda, inverosimil, completamente falsa: ¿quién le ha facilitado á V. eso?

PELAEZ. ¿Esto? (Por el uniforme.) El Capitán. (Ha conocio que no es mi ropa.)

DOLORES. ¡Será un capitán de rancheros! (Con coraje.)

PELAEZ. (Vaya un agua de levante que le ha entrao á la señora!)

DOLORES. Con la impaciencia que V. puede suponer esperaba este momento; nunca puse en duda la osadía de algunos hombres; pero hay cosas, que si por una misma no se tocaran, nos resistiríamos á creerlas. (Dolores se sienta en la butaca donde está la teresiana.)

PELAEZ. ¡Eh! ¡señora! ¿Donde va osté?

DOLORES. ¿Duda V. de lo que digo?

PELAEZ. No; si es que se ha sentao encima de la gorra del capitán (y me va á reventar el físico.)

DOLORES. Tóme V. (Dándole la tercsiana que Pelaez mira por todos lados.)

PELAEZ. (¡La ha hecho una tortilla!)

DOLORES. Los favores que haya V. recibido de una muger cualquiera, no debieron servirle de norma para juzgar á las demás. ¿Piensa V. que todas las mugeres son iguales?

PELAEZ. Con muy corta diferencia...

DOLORES. ¡Nunca creí que un militar pundonoroso, como V. debe serlo, descendiera á un terreno que tan poco le favorece.

PELAEZ. Señora... vamos más despacio; yo he venío aquí, porque osté me ha mandao á llamar; pa que hablemos ¿no es así?

DOLORES. Ciertamente.

PELAEZ. Pos si osté no me deja que hable, tendré que marcharme por donde mismo he venío.

DOLORES. ¿Qué pretende V. decirme?

PELAEZ. Voy á explicarme; ¿quiere osté que le demos á esto un corte y aquí no ha pasao na?

DOLORES. ¡Nunca, después de lo que dice V. en la carta! ¡Nunca, después de la intención maliciosa que imprime V. á la carta! ¡Nunca, después del concepto miserable y mezquino que señala V. en la carta.

PELAEZ. Pero ¿se puede saber lo que dice la carta?

DOLORES. ¿Y V. me lo pregunta?

PELAEZ. (Como que no lo sé.)

DOLORES. La herida ocasionada por V., solo puede restañarse de una manera ¿sabe V. cómo?

PELAEZ. Avisándole al médico del Regimiento.

DOLORES. ¿Se burla V?

PELAEZ. No tengo cara de eso.

DOLORES. Es decir, que está V. dispuesto á no rectificar uno por uno los párrafos que apuntó en su maldecida epístola?

PELAEZ. No señora; es que ya no me acuerdo de lo que dije. ¡Como tengo tan mala memoria!

DOLORES. Pues en ese caso devolveré á V. el escrito para que lo recuerde: espere V. (Vase primera derecha.)

PELAEZ. ¡Ay que graciosa! Vaya una idea que se le ha ocurrío á la señora! En cuanto me dé á leer la carta se descubre el lío; y ¿qué hago yo? Que mi capitán se entienda con ella. La esperaré andando. (Vase foro.)

ESCENA XXIII

JACINTO y PELAEZ

JACINTO. Me tiene impaciente ese muchacho; ¿por qué tarda?

PELAEZ. ¡A la orden mi capitán!

JACINTO. ¿Despachaste?

PELAEZ. No quisiera decirlo.

JACINTO. Vamos, explícate con mil bombas!

PELAEZ. La buena señora se iba poniendo tan agria, que le he güerto la espalda y me he venío.

JACINTO. ¿Eso has hecho?

PELAEZ. Sí señor.

JACINTO. Ahora me he convencido de que eres el ser más inútil de la tierra.

PELAEZ. (¿A que me dá la absoluta?)

JACINTO. Entra en el cuarto y desnúdate inmediatamente.

PELAEZ. (No le sentó bien el mandao.) (Vase Pelaez primera izquierda; Jacinto por la segunda.)

ESCENA XXIV.

DOLORES, después PEPA

DOLORES. (Con la carta en la mano y sin reparar que Pelaez no está.) Creí que la había perdido; aquí la tiene V. (Mirando.) ¿Cómo? ¿Se ha marchado? ¡Caballero! ¡Señor oficial! Nada; esto parece una burla! ¡Pepa! (Llamando.)

PEPA. Señorita?

DOLORES. ¿En donde se ha metido ese hombre!

PEPA. ¿Estará allá dentro?

DOLORES. Anda y mira: (Pepa mira por la segunda.) ¡no faltaba otra cosa!

PEPA. No hay nadie, señorita.

DOLORES. Pero ¿es posible que se haya marchado?

PEPA. ¡Ya lo ve V!

DOLORES. Pues acompáñame; yo no debo consentir esta burla. (Hacen mutis por el foro.)

ESCENA XXV.

JACINTO y PELAEZ

JACINTO. (Saliendo) Yo me tengo la culpa; no hé debido valerme para nada de este mamarracho. (Suena la campanilla.) ¡Pelaez! ¡Pelaez! (Sale Pelaez.) Abre que han llamado. (Vase Pelaez foro.) ¿Quién será? Cada vez que suena la campanilla me da un latigazo la sangre. (Pelaez entra como asustado.)

PELAEZ. Mi capitán ¡ahi está esa!

JACINTO. ¿Quién?

PELAEZ. ¡Doña Dolores!

JACINTO. ¿Doña Dolores? ¡Ya me lo estaba figurando! ¡Valiente compromiso me has buscado!

PELAEZ. ¿Qué le digo?

JACINTO. ¡Que pase! Y ya sabes que tú vas á cargar con el muerto.

PELAEZ. Está bien. (Vase Pelaez.)

ESCENA XXVI.

JACINTO y DOLORES

JACINTO. Dios me dé fuerzas para solucionar este conflicto. (Dolores baja al proscenio. Pelaez y Pepa quedan en la puerta de modo que puedan ser vistos por el público.

DOLORES. Con permiso de V. (Dolores trae la carta en la mano.)

JACINTO. Señora....! (Saludando!

DOLORES. ¿D. Jacinto Manzano?

JACINTO. Yo soy.

DOLORES. No señor.

JACINTO. ¿Que yo no soy Manzano?

DOLORES. No es á V. á quien yo busco.

JACINTO. Señora, en este cuarto no hay más Manzano que yo.

DOLORES. Pero ¿qué es esto? Dígame V. si sueño y es una pesadilla, ó si estoy despierta.

JACINTO. Vamos, cálmese V., señora; ¿que es lo que V. desea?

DOLORES ¿Es V. el autor de esta carta? (Jacinto toma la carta y hace como que lee.)

JACINTO. ¡Cielos! ¿Que es lo que veo?

DOLORES. Hace poco me fué remitida esa carta, la que contesté concediendo la cita que se me pide, para exigir del miserable una rectificación; pasa un instante y un señor capitán se me presenta, haciéndose llamar D. Jacinto Manzano, y cuando entro en el cuarto para devolverle el escrito, se marcha, dejándome burlada; si es V. el verdadero Manzano ¿cómo se explica este juego.

JACINTO. Señora, sospecho por la relación que me hace V., que todo pueda haber sido preparado por mi asistente.

DOLORES Luego ¿es una burla?

JACINTO. Espere V. (Se dirije al foro.) ¡Pelaez!

PELAEZ. Mi capitán.

JACINTO. Acércate.

PELAEZ. (Ya pareció aquello.)

ESCENA ÚLTIMA

JACINTO DOLORES y PELAEZ

DOLORES. En efecto, ahora que me fijo bien, veo que esa es la cara del capitán.

JACINTO. ¿No se lo dije á V?

PELAEZ. (Mientras no me pegue, to va bien.)

JACINTO. ¿Conque has tomado mi nombre para dirigir una carta á esta señora y has tenido el atrevimiento de presentarte en su casa disfrazado de capitán?

PELAEZ. Le diré á osté, mi capitán; yo me he equivocao: la carta no era pa esta señora.

DOLORES. ¿No?

JACINTO. ¿Para quién era entonces?

PELAEZ. Pa otra Doña Dolores.

DOLORES. Ya lo adivino; ¿quizás para la del segundo?

PELAEZ. Justamente, pa la del segundo.

JACINTO. ¿La del segundo? (Ya está aquí mi equivocación.)

PELAEZ. ¡Como uno tiene tan mala memoria!

JACINTO. Pero ¿qué tiene que ver la memoria con todo eso?

PELAEZ. Que distraido.... distraido.... me colé de sopetón en el piso de esta señora.

DOLORES. Lo cual nada tiene de particular!

PELAEZ. (Más vale así.)

JACINTO. Sin embargo, para que no vuelvan á repetirse tales atrevimientos, serás castigado severamente.

PELAEZ. ¡Mi capitán! (En tono suplicante.)

DOLORES. ¡Vamos, señor oficial, yo intercedo por este muchacho, para que no lo castigue V. No es suya la culpa!

PELAEZ. Sí señor, no es suya la culpa! (Afligido.)

JACINTO. Perdonado está, puesto que V. lo desea.

PELAEZ. ¡Dios se lo pague á osté, garbosa! (A Dolores.)

AL PÚBLICO

—

Puesto que estoy perdonado,
público amable y cortés,
solo espero que me dés
tu aplauso... si lo he ganado.



